

REPERTORIO AMERICANO

QUINCENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. GARCÍA MONGE.

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, SÁBADO 15 DE ENERO DE 1921

Nº 11

CONFERENCIAS UNIONISTAS

RESUMEN

(En el TEATRO PRINCIPAL de San Salvador, el 11 de noviembre de 1920.)

EL movimiento unionista actual es decisivo en el proceso de la unificación centroamericana.

Porque nos ha traído los elementos morales, indispensables para unificarnos, de los cuales siempre carecimos.

Teníamos los elementos físicos y sociales: clima, producciones, raza, unidad territorial, etc; idioma, tradiciones, religión, cultura y tendencias similares.

Nos faltaba una sola cosa, la primordial, cuya falta hacía infructuosas todas las demás, y cuya posesión habría bastado por sí sola para suplir, en cierta medida, la eficacia de todas las demás: la voluntad. Jamás se unirán pueblos que no quieran unirse; se unirán, a pesar de todo, los pueblos que lo quieran de veras.

La historia, la de los últimos cuarenta años, la que yo he visto, oído y a veces hecho, evidencia que los pueblos nunca han pensado seriamente en la unión; nunca tuvieron para ella un deseo fervoroso ni constante. Su actitud mejor, fué la indiferencia; y en los casos graves, le fué marcadamente hostil; el 85 y el 98, hizo fracasar las tentativas de unión. Durante los veinte años últimos, su actitud fué la pasividad, y a veces la burla.

Importa dejar establecida la verdad en esto, porque es esencial desprendernos de toda mentira (toda mentira es ceguera), en los momentos en que nos disponemos a construir una patria, que no podrá vivir si no toma como emblemas de su escudo, *verdad y justicia*.

Verdad y justicia; una necesidad creciente de verdad y justicia; el presentimiento de que ya no podemos retardar la hora de alcanzarlas, son los móviles que han lanzado al trabajo unionista, de modo inesperado y casi violento, a tantos que al parecer no contribuirían jamás a la unificación.

Si se dijera a los pueblos, y éstos lo creyeran, que la nueva nacionalidad

no realizaría estas aspiraciones, ciertamente rehusarían hablar más de unión; y se resignarían a vegetar unos en la vieja plataforma de errores e iniquidades; otros a esperar, tal vez a provocar, el advenimiento de un poder extraño, en busca de un mínimo de orden y equidad.

Vamos, pues, en busca de una transformación, y la queremos honda, reparadora, equitativa y estable. Este vino nuevo tendrá que ser echado en odres nuevos; este vestido nuevo habrá de ser todo él de paño nuevo, sin remiendos de paño viejo; esta casa nueva, edificada sobre roca y no sobre arena, habrá de ser construída sobre un plano revisado y aprobado por todos nosotros; para que ella nos ofrezca a todos un refugio; para que de veras nos sintamos todos en nuestra casa; para que no sea la morada suntuosa de unos pocos; para que los pueblos no se queden a la puerta, alimentando hambre y rencores, sino que todos hallen dentro un rincón que miren como propio, aunque éste sea en la bohardilla o en el sótano.

La sola manera de lograr esta universal consulta de pareceres y esta universal conformidad de voluntades, será formar la Asamblea Constituyente en forma que ella sea la expresión real de todos los intereses y aspiraciones; que en ella se encuentren, se confronten, se equilibren y armonicen. Hasta donde sea posible, ahí habremos de oír las quejas de todos, los dolores de todos, las ansias de todos, las necesidades de todos.

Por primera vez en nuestra vida de naciones, nos juntaríamos como hermanos que desean ser justos, y para ello se disponen a oírse y entenderse, contando sus haberes para distribuírselos con equidad y benevolencia.

Así también, hablándonos y entendiéndonos todos, podríamos adquirir un conocimiento bastante y exacto de posibilidades y limitaciones del medio,

y legislar, no para los griegos, ni para los romanos, ni para los ingleses, ni los suizos, ni los yanquis, ni los franceses, sino para NOSOTROS, CENTROAMERICANOS, siguiendo todas nuestras modalidades físicas, sociales, mentales y económicas.

La Constitución así formada sería la *nuestra*, y por consiguiente la mejor.

Los procedimientos usuales para reunir constituyentes son marcadamente ineficaces; la representación que de ellos se obtiene es falsa, o incompleta, o bastarda. Lo mismo que las asambleas ordinarias, las constituyentes que se forman entre nosotros por elección de plebiscitos, de gobiernos, de municipalidades o de congresos, son fatalmente la representación de unos cuantos círculos, que dejan fuera de su área a la mayor suma de elementos nacionales.

Si fuéramos un pueblo de cultura mínima, homogénea; si, como los norteamericanos, tuviéramos una general aunque relativa independencia económica; si tuviéramos, como los ingleses, asegurado en la ley y en las costumbres un mínimo de libertades para todos, podríamos obtener, mediante ciertas precauciones, una representación genuina, exacta y general, extrayéndola de los crisoles conocidos.

Con libertades inestables o nulas; con grandes masas analfabetas, que no pueden servir sino de ciegos instrumentos; con un proletariado inmenso, que ha de plegarse, forzosamente, a los deseos de los que le dan el trabajo y el pan, es evidente que los medios acostumbrados en nuestras labores electorales, han de producir siempre una mistificación, o por lo menos, algo tan bastardo y limitado, que no merecerá jamás el nombre de representación nacional.

Lo peor que hay en este género de representación es que descansa sobre una mentira de origen: sobre el supuesto, falso en absoluto, de que puede uno representar aquello que no conoce; de que adquiere uno, por la mera virtud de un nombramiento, la capacidad moral y mental de encauzar, corregir, depurar, enderezar, fomentar y proteger formas de vida que uno no ha vivido, que ignora enteramente. Así, el banquero electo diputado, se halla, según esta peregrina superstición, en

perfecta capacidad de representar al maestro de escuela, a quien nunca ha visto; el gran comerciante, que vive manejando millones, es llamado a velar por los intereses del peón, que maneja centavos; el hombre de mundo, que pasa lo mejor de su vida leyendo la crónica del teatro, estudiando un nudo de corbata y ensayando nuevos perfumes, podrá, si le eligen, tener presente las vidas tediosas, oscuras, malsanas, estrechas, del telegrafista y de la cajera de tienda, y trabajar por ellos como por sí propio; el profesor, que no maneja más que libros y aparatos científicos, será un excelente legislador de finanzas y el representante ideal de los comerciantes; y el gran industrial o el abogado, representarán a maravilla las reivindicaciones del obrero; cuidarán de que no se sacrifique ni explote al hombre de letras, y de que el cuartel no haga más víctimas que la guerra.

Mera superstición. En realidad, no puede uno servir ni defender sino lo que conoce bien, y sólo se conoce bien la propia forma de vida.

Balzac y Shakespeare son la excepción en literatura; Buda y Jesús, en religión; y en menor grado y en diversas ramas, otros a quienes admiramos y reverenciamos como genios, precisamente porque adivinamos en ellos algo muy grande y misterioso, que les permite eximirse de esta ley fatal de no saber ni conocer sino aquello que se mueve en el círculo estrecho de nuestra propia vida.

En política, lo mismo que en filosofía, es una verdad que el conocimiento radica en la identificación del sujeto que conoce con el objeto conocido.

Podría objetarse que una Asamblea Constituyente no tiene por objeto sino representar intereses generales; pero justamente el error está en eso; en imaginarse que dentro de la complejidad de un estado moderno existen intereses generales bastante importantes para relegar a segundo término los intereses de una forma determinada de vida. En un pueblo de pastores, en una tribu de beduinos, en un campamento de gitanos, en un aduar de esquimales, en una isla de pescadores, y hasta en un pueblo más heterogéneo, pero de población muy limitada, cabría no preocuparse más que de los intereses generales, porque éstos se confunden con los intereses particulares; pero en naciones como las nuestras, organizadas sobre el principio de la división del trabajo, los intereses generales casi no existen, o son tan leves y tan vagos, que apenas pueden contemplarse en la esfera de las abstracciones. A estos intereses generales casi doctrinarios, buenos sólo para marcar orientaciones, debemos anteponer los intereses reales, presentes, permanentes de las modalidades económicas.

Si es cierto que el hombre no vive solamente de pan, es cierto, asimismo, que el hombre, en primer lugar, vive de pan, y que sin este pan, todos los demás derechos humanos son meras palabras sin sentido. A las facilidades, a las restricciones a las circunstancias propicias o adversas, a las garantías, a los atropellos, a las limitaciones o amplitudes que el hombre encuentra para conseguir, conservar y disfrutar su pan, se encadenan y se subordinan todas sus demás aspiraciones y actividades: desde la construcción de su choza, hasta los ferrocarriles elevados; desde su manera de comprender y organizar la familia, hasta su manera de concebir la religión y organizar el culto; desde el tatuaje y el tam-tam, formas primitivas del arte, hasta los cuadros de Fra Angélico y las canciones sin palabras de Mendelson; desde la medicina que curaba con la ingestión de excrementos, hasta la que cura con baños de sol y corrientes eléctricas; desde el derecho del padre para quitar la vida a sus hijos, hasta la institución que ve en los criminales, ignorantes o alienados, y los regenera con enseñanzas y sugerencias.

Así, en las sociedades actuales, los intereses que deben primar son los económicos, las modalidades del trabajo, comunes a una gran porción de trabajadores, o a una pequeña, si constituye una forma definida y estable. Socialmente, *el hombre es un trabajador*: consume en cuanto trabaja; se civiliza, según trabaja; contribuye al incremento social o a su degeneración, según la cantidad, la calidad, la modalidad y el uso del trabajo; y lo que le interesa y necesita por encima de todas las cosas, cuando se constituye en nación, en colectividad, es que se le contemple *como un trabajador, en relación con otros trabajadores*.

Digo, pues, que la Asamblea Constituyente capaz de realizar la palpitante aspiración de justicia, de orden y de armonía que para todos nosotros simboliza la Unión, no será otra que aquella que defina nuestros derechos y fije nuestras obligaciones, desde el punto de vista económico, viendo en nosotros trabajadores; no siempre afines en nuestros intereses, pero sí dispuestos a buscar una fórmula de convergencia, que nos traiga, en recompensa de nuestras mutuas y voluntarias re-

nunciaciones, el orden, la paz, la libertad y la justicia.

Y para que tal asamblea pueda laborar en tal sentido, es necesario que ella misma sea la expresión de nuestras voluntades; no de salvadoreños, de hondureños, de guatemaltecos, etc., etc., *sino de trabajadores asociados en gremio*; y representados por trabajadores que conozcan íntimamente, de vida, de experiencia, aquello que cada gremio puede dar, y aquello que mínimamente puede exigir.

Concibo la clasificación de esos gremios, en esta forma:

Agricultores, labriegos y peones, comerciantes, detallistas, industriales, obreros, sirvientes, estudiantes universitarios, maestros de enseñanza primaria, profesores de segunda enseñanza, profesionales, clero, prestamistas, milicia, oficinistas, periodistas y escritores.

Tendríamos, dando una representación equitativa a cada gremio, según su importancia, una asamblea constituyente que sería expresión exacta y fiel de nuestra voluntad y nuestras fuerzas, digna de que pusiéramos en sus manos, con entera confianza, la edificación de que necesitamos.

La reglamentación de este sistema electoral no es de este lugar ni ofrece grandes dificultades. Lo que importa es darse cuenta de sus reales ventajas, entre las cuales hay una capital y es que no se presta a falsificaciones; que deja positivamente libre el voto, o por lo menos, que es la forma que menos fraudes consiente y más fácilmente podría remediarlos.

¿Después?... Después dejemos que esa Representación Nacional organice la nación, con plenos poderes, y que resuelva a discreción todas las cuestiones de segundo orden: dónde será la capital; quién será el primer Presidente y todas las otras similares que, en realidad, pierden su importancia desde el momento en que las resuelve no un círculo sino la Colectividad Centroamericana.

¡Imaginemos, para concluir, la base enorme e inmovible en que se asentaría la nueva patria, si se constituyera así, sobre principios nacidos del común pensar y del común sentir!

No la obra de teóricos ni de soñadores; no copia de otros pueblos, ni experimento de otras razas; no confusión expuesta siempre a interpretaciones diversas; no fortín erigido para defender los negocios de una clase o de un grupo, si no el fruto de nuestra propia experiencia, substracto de nuestra propia mentalidad y de nuestra idiosincracia; muralla inexpugnable, guardadora de nuestros intereses de trabajadores y de ciudadanos.

ALBERTO MASFERRER

PENSAMIENTOS Y FORMAS

NOTAS DE VIAJE

Por ALBERTO MASFERRER

Acaba de publicar el señor García Monge tan precioso librito en las EDICIONES DE AUTORES CENTRO-AMERICANOS. Búsquelo en la Librería de TORMO. Precio: \$ 1.25. 128 páginas de lectura saludable.

CON MOTIVO DE UN CRITICO

Por el año de 1907 me relacioné con Rubén Darío que volvió a su país después de 15 años de ausencia. Tuve el honor de que me distinguiera con pláticas y enseñanzas sobre el arte poético, lo cual era raro en él, porque entonces era enemigo de que le hablaran de versos. Había además, llegado a su tierra natal como a descansar de su acostumbrada labor y sólo gustaba de que se le tratara de las cosas de la tierra: de recuerdos, de comidas, etc.: tenía un sirviente afeminado, llamado Raimundo, a quien él se quería llevar a París porque sabía hacer un plato leonés: el *punche relleno*. Todas las mañanas oía yo en el zaguán de mi casa un «don José» con voz atiplada; era la voz de Raimundo que me llamaba.

—Dice don Rubén, que vaya.

Aquello, para un principiante de versos, era más que alentador. Yo debía sentir entonces lo que un cura de aldea debe sentir, besando el anillo del Pescador.

A veces lo encontraba yo nervioso, preocupado, con alguna nimiedad, con algún chisme parroquial, lo que se conjuraba con un paseo en coche o a la orilla del lago. Pero por lo general, lo encontraba de buen humor, y era para leerme siempre alguna cosa, a puerta cerrada para evitar las interrupciones profanas.

Nunca lo ví tan espontáneo e intímable como cuando me leyó casi todo el «Canto Errante». Me dijo que «La mejor musa es la de carne y hueso», era su mejor poesía en el libro, pero a mí lo que más me emocionó, oída de sus labios, fué la Epístola a Madame Lugones. Aquel su peculiar modo de leer los versos, silabándolos casi, marcando la música nueva, con una nerviosidad severa y meliflua, es para no olvidarse jamás, y comprender la tercera potencia a que se elevaba el valor de sus poesías, en su propia boca.

Aún me parece verlo con los ojos medio entornados y como revolcando la lengua en un néctar, espeso,—el decir:

Se desgrana un cristal fino
sobre el sueño de una flor.
Trina el poeta divino:
¡bien trinado ruiseñor!

Yo era un curioso preguntón, y él un amable instructor de mi ignorancia.

Una vez nos encontró en ese momento, un poeta sonoro, que aún no había leído «Prosas Profanas»; pero que estaba ya consagrado por las muchedumbres. Rubén leíame:

Nada mejor para encantar la vida
y aun para dar sonrisas a la muerte,
que la áurea copa en donde Venus vierte
todo el licor de su viña encendida.

—Ese verso último está mal medido, Rubén!—dijo con aire doctoral el llegado. Darío tornándose en conmiseración el ímpetu de rabia que le asaltó, le dijo:

—No, Fulano. Es que tú crees que todavía se miden los versos con los dedos y no conoces el nuevo mecanismo. Este verso es de la misma cantidad que los otros; pero de música distinta. Es de los versos latinos que yo he introducido al castellano. Cuando te acostumbres a los nuevos ritmos lo vas a saber mejor.

Así llegué a oír de sus propios labios, un juicio desfavorable para La Marcha Triunfal que tanto ponen como lo mejor, admiradores y críticos. Para él sólo era una poesía aplaudible; secundaria en mérito a tantas otras. Tenía como mejor que esa, por ejemplo, a Helios, El Coloquio de Centauros y Divagaciones, por ejemplo.

Así en honrosa intimidad conocí también sus juicios sinceros sobre los poetas de España y América. Decía en todos había la influencia de él. A los Machados él me los dió a conocer; le gustaba más Manuel; y a mí Antonio.

—Tiene razón, me decía: por la simpatía de temperamento.

Hablaba bien de Guillermo Valencencia, de Amado Nervo, de los sonetos de Chocano, y muy bien de Lugones.

Hablábamos de ultratumba a veces, y se ponía nervioso como una niña.

—¿Por qué lo malquiere a Ud. Bobadilla, don Rubén?

—Porque nunca lo he citado, por la sencilla razón de que para mí no es más que un *distinguido* escritor.

—¿Blanco Fambona?

—Ese no puede quererme porque estamos en planos distintos. Él es asesino y yo no lo soy y cree que la poesía se maneja con machete, como la gobernación del Fachira.

Tuve la grata sorpresa de que me hablara de un mi soneto a Shakespeare, que había olvidado yo mismo, y que lo calificara de intenso. ¡Darse cuenta de él en París, habiéndose pu-

blicado en un diario local! No me explicaba yo. Entonces me animé a llevarle mis versos inéditos. Una colección de rimas románticas, en su mayor parte medio julioflorezcas.

Aquello fué la causa de mi despartar, con una sabia disertación paternal que me dió sobre la poesía nueva. Me hizo odiar la literatura, y amar el espíritu sincero; supe lo que se llama retórica, o producción artificiosa; me divorcié de la poesía elocuente y me casé con la poesía llana, sincera, que peque mejor de prosaica antes que de afectada: amé la naturalidad sin lugares comunes, ni en el fondo, ni en la forma. Comprendí que cada uno de nosotros es una fuente original y que ser sincero es ser potente; que el regionalismo o criollismo no es vulgarismo, pues lo humilde y lo bajo se puede dorar con el espíritu; y me enseñó a odiar sobre todo la elocuencia en el verso.

¿Qué destronamiento de ídolos hizo en mi gusto aquel divino iconoclasta! Aquel día volví a mi casa a quemar mi pobre libro «Abril», salvando sólo el prólogo de Santiago Argüello.

Ese es el libro en que de seguro no hubiese encontrado ninguna chocarrería el señor crítico costarricense Alvarez Berrocal.

Decía el maestro: «un crítico os alaba por lo menos alabable y os censura por lo menos censurable». Así es:

En mi poesía a la Bandera Azul y Blanco, premiada con cien dólares, en un concurso, encuentra méritos mi crítico, y debo declarar con sinceridad, que para mi gusto no tiene ninguno otro que el haberse apartado del sonsonete oficial de la Retórica. Se trataba de escribir algo para el gusto de Don Público y sacrificué el mío. En un concurso ya se sabe que no se nombra para calificar a los idóneos, sino a los más respetables dómynes y hay que ponerse a la altura de ellos para obtener éxito.

Gané los cien dólares: pero he tenido después, que soportar en silencio las felicitaciones por esos versos que no incluí en mi libro.

Yo no niego que éste contenga defectos, pero no los que Berrocal por descuido pone en los versos míos, al citarlos. Si no le gustan no por eso debe alterarlos.

En cambio yo reconozco en él buena intención pedagógica y predisposición de que llegarán a gustarle con un poco de mejor cultura, las *chocarrerías* poéticas. El progreso penetra hasta en los más apartados lugares, según el insigne Pero Grullo, príncipe de los genios.

JOSÉ OLIVARES

(Los Domingos. Managua).

Los primeros tomos de la BIBLIOTECA LATINO AMERICANA que dirige en París don Hugo de Barbajelata, ya se han publicado. Son:

Rubén Darío: <i>Epistolario</i>	€ 1-25
Varios autores: <i>Rodó y sus críticos</i>	3-00
F. García Calderón: <i>El Wilsonismo</i>	1-25
Gertrudis Gómez de Avellaneda: <i>Sab</i> (novela).....	3-00

Ud. los hallará en la Administración del REPERTORIO.

De las "Historias Naturales" de Jules Renard

Traducción y envío de CARMÉN LIRA.

EL MARTIN-PESCADOR

ESTA tarde ningún pez ha mordido el anzuelo, pero yo traigo una rara emoción.

Cuando tenía mi caña tendida, un martín-pescador ha venido a posarse en ella.

No tenemos pájaro más brillante.

Parecía una gran flor azul en el extremo de un largo tallo. La caña cedía bajo el peso. Yo no respiraba, muy orgulloso de que un martín-pescador me tomara por un árbol.

Y estoy seguro de que no ha volado de allí por miedo: ha creído pasar de una rama a otra.

EL RATON

CUANDO a la claridad de la lámpara, escribo mi cotidiana página, oigo un ligero ruido. Si me detengo, cesa. Comienza en cuanto vuelvo a rascar el papel.

Es un ratón que despierta.

Adivino su ir y venir en el borde del hueco oscuro en donde nuestra criada pone sus limpiones y sus cepillos.

Salta al suelo y corretea sobre las baldosas de la cocina. Pasa cerca de la chimenea, bajo el fregadero, se pierde entre la vajilla, y por una serie de reconocimientos que aventura cada vez más lejos, se aproxima a mí.

Cada vez que pongo a un lado mi mango de pluma, se inquieta con este silencio. Cada vez que me sirvo de él, cree que tal vez hay otro ratón en alguna parte, y se tranquiliza. Luego no lo veo: está bajo mi mesa, entre mis piernas. Circula por las patas de la silla. Roza mis zuecos y mordisquea su madera, o, atrevido, ¡he aquí que se mete en ellos!

No debo mover la pierna, ni respirar fuerte: huiría.

Pero es preciso que yo continúe mi escritura, y de temor que me abandone a mi fastidio de solitario, escribo signos, simplezas, poquito a poco, pasito, pasito, como él roe.

LA LAGARTIJA

HIJA espontánea de la piedra hendida en que me apoyo, me salta sobre el hombro. Ha creído que soy la continuación del muro porque me quedo inmóvil y porque tengo un gabán color de pared. Sin embargo, eso halaga.

El Muro:—No sé que escalofrío me pasa por la espalda.

La Lagartija:—Soy yo.

LA LOMBRIZ

¿DE qué vientre ha caído este cólico?

EL GUSANO DE LUZ

¿QUÉ pasa? ¡Las nueve de la noche y todavía hay luz en su casa!...

LA MARIPOSA

ESTE dulce billete plegado en dos, busca la dirección de una flor.

LAS HORMIGAS

CADA una parece un 3.
¡Y cuántos hay! ¡Cuántos!
Hay 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3... hasta el infinito.

EL SALTÓN

¿SERÁ el gendarme de los insectos? Durante el día entero, salta y se aferra a los calzones de invisibles cazadores furtivos que jamás atrapa.

Las hierbas más altas no lo detienen. Nada le da miedo, porque tiene botas de siete leguas, un cuello de toro, una frente genial, el vientre es una carena, alas de celuloide, cuernos diabólicos y un gran sable en el tra-sero.

Como no se puede tener las virtudes de un gendarme sin los vicios, es preciso confesar que el saltón *masca*. Si crees que miento, persíguelo con vuestras manos, juega con él «a las cuatro esquinas»⁽¹⁾, y cuando lo hayas cogido —entre dos saltos— sobre una hoja de alfalfa, observa su boca: por sus terribles mandíbulas segrega una espuma negra como jugo de tabaco.

Pero ya no lo tienes. La rabia de saltar se apodera de nuevo de él. El monstruo verde se escapa con un brusco esfuerzo, y, frágil, desmontable, te deja una patita en la mano.

EL GRILLO

Es la hora en que, cansado de vagar, el negro insecto vuelve de pasearse y repara con cuidado el desorden de su dominio.

(1) El juego que llamamos *Comgran huevos*.

Primero rae sus estrechas avenidas de arena. Hace serrín que esparce en el umbral de su retiro. Lima la raíz de esta gran hierba propia para molestarlo.

Descansa.

Luego da cuerda a su minúsculo reloj.

¿Ha terminado? ¿Acaso está reventada? El reposa un poco todavía.

Entra en su casa y cierra la puerta.

Por largo rato da vueltas a la llave en la delicada cerradura.

Escucha:

Nada alarmante afuera.

Pero no se encuentra en seguridad.

Y como por una cadeneta cuya polea rechina, desciende hasta el fondo de la tierra.

Después... no se oye nada.

En la campiña muda, los álamos se elevan cual dedos en el aire y señalan la luna.

LA POLILLA

NEGRA y encolada como un agujero de cerradura.

LA PULGA

UN grano de tabaco con resorte.

LAS MOSCAS DE AGUA

UNA encina es lo único que hay en el centro del prado, y los bueyes ocupan toda la sombra de sus hojas. Con la cabeza baja hacen ademán de embestir al sol.

Estarían bien sin las moscas.

Pero es que hoy verdaderamente devoran. Las negras se pegan, acres y numerosas: son placas de hollín en los ojos, en las narices, hasta en los ángulos de los labios; las verdes chupan de preferencia en la última desolladura.

Cuando un buey sacude la piel o patea la tierra seca, la nube de moscas se levanta con un murmullo. Se diría que fermentan.

Hace tanto calor que en las puertas, las viejas comadres olfatean la tempestad y bromean de miedo:

—¡Cuidado con el burubrum!, dicen.

Allá abajo, un lanzazo luminoso, traspasa sin ruido el cielo.

Cae una gota de lluvia.

Los bueyes advertidos, levantan la cabeza, se acercan hasta el borde de la encina y resoplan con paciencia.

Ya lo saben: he aquí que las buenas moscas vienen a echar a las malvadas.

Al principio raras, una por una, luego apretadas, todas juntas, se lanzan del cielo desmenuzadas, sobre el enemigo que cede poco a poco, se aclara, se dispersa.

Al poco rato, chorreando agua desde la nariz hasta la cola, los bueyes ondulantes satisfechos bajo el enjambre victorioso de las moscas de agua.

LA NOTA BIBLIOGRAFICA

Spanish American Poets of To-day and Yesterday. I. RUBÉN DARÍO, by George W. Umphrey.

Es este folleto una reimpresión de la revista *Hispania*. En breves párrafos se compendia la biografía del poeta centroamericano y luego procede el autor a trazar la evolución artística de Rubén Darío.

Se estudia la influencia de Hugo y de los poetas hispanos sobre el autor de Epístolas y Poemas y Abrojos; el influjo de los parnasianos franceses en *Azul...* y se le presenta como formando parte del grupo de maestros de la prosa moderna castellana: Valle-Inclán, Benavente, Rodó. Luego detiéndose el autor a señalar el papel de líder que a Darío correspondió en el desarrollo del verso y la motivación poética de los modernistas hispano-americanos. Se hace ver cómo fué el detenido estudio de la antigua preclásica versificación española el que le proporcionó las sugerencias más valiosas de sus innovaciones prosódicas y se describe la influencia que su arte ejerció sobre la joven literatura española.

Finalmente se analizan las tendencias del poeta en *Cantos de Vida y Esperanza* y la belleza de su *Canto a la Argentina*.

El folleto es de amena e interesante lectura; una excelente contribución a los estudios de la literatura de Hispano América en los Estados Unidos.

R. B. M.

El Español en los Estados Unidos, discurso leído en la Apertura del curso de 1920-1921 por Federico de Onís, Universidad de Salamanca.

COMIENZA el señor de Onís por declarar cuál ha sido la misión a sus fuerzas encomendada: la difusión del conocimiento de España en los Estados Unidos y describe cómo de la lucha permanente con el medio constituido por una diferente civilización ha logrado afirmar dentro de sí cuanto de su cultura y su raza tiene un valor permanente y abandonado cuanto era positivo o meramente personal transitorio, haciendo con esta ocasión una clasificación de los hombres sometidos a este mismo combate contra el medio: los recalcitrantes y los plegadizos; los primeros que se resisten aun a las más poderosas y benéficas influencias y los segundos que se pliegan al más leve céfiro del ambiente. De donde deriva como precisa consecuencia la necesidad de un españolismo comprensivo de

otras formas de civilización, animado del deseo de construir con ellas la armoniosa civilización integral de la humanidad. Pasaje interesante de ese discurso es el que se refiere a la vida internacional de las universidades, si así puede llamarse aquel intercambio de profesores que en otras épocas fué más frecuente y de más trascendencia que en nuestros días. Luego el señor de Onís pasa a la enumeración de los importantes hechos que prueban la ausencia de toda prevención contra España en los Estados Unidos para llegar a señalar las causas inmediatas del interés que en este país se ha despertado durante los últimos años por todas las cosas de nuestra lengua y de nuestras nacionalidades. Tales causas han traído a este país a términos de difundir por todas partes, dentro y fuera de sus instituciones docentes, la lengua española. Las universidades norteamericanas se llenan de estudiantes de esta lengua, los cuales, a su vez, son maestros en las escuelas secundarias y colegios.

La influencia sobre la cultura de este pueblo comienza a ser visible, mas con el rápido andar de los años ella será incontestable y benéfica. El señor de Onís pasa luego a enumerar los enemigos de este movimiento, dando indicación de sus diversas procedencias y de los móviles que han suscitado esa lucha y de paso alude a las divergencias entre el españolismo y el hispano-americanismo. Aquí es donde en mi opinión reside la mayor fuerza del discurso, en el llamamiento a la inteligencia amplia de la raza para dejar a un lado el provincialismo que significa la anteposición de las pequeñas diferencias infaltables en una vasta extensión de territorio y entre muchos millones de habitantes a las más profundas armonías del conjunto de la raza. Finalmente el discurso concluye con la sugerencia de que las Universidades españolas pueden operar su propia transformación dentro de las líneas internas que determinaron su desarrollo, sin necesidad de imitar torpemente ni la organización ni el funcionamiento de las Universidades extranjeras. Tal es el contenido del discurso del Profesor de Onís.

Con ser esta pieza muy interesante hoy, lo será de modo extraordinario dentro de algunos años más, cuando se vayan asentando sólidamente los grandes intereses que ya puede preverse surgirán en torno del español en los Estados Unidos. No fué en Atenas o Corinto, ni en Tebas ni en Esparta, ni en ninguna otra ciudad helénica en-

donde se discutieron las más graves cuestiones de la lengua griega como instrumento de expresión: fué en Alejandría y fué en Roma. Los gramáticos buscaban la ciudad donde interesaban y se discutían aquellas cuestiones de lengua que no parecían de mayor momento a los griegos mismos. Nada de extraño tiene—y yo lo veo no solamente como probable, sino como inminente—que de España y de América se venga a los Estados Unidos a enseñar, por lo tanto a pensar y a discutir acerca de las cuestiones literarias, filológicas y gramaticales que suelen hallar públicos indiferentes en los países de nuestra habla española.

Yo he hecho votos porque el éxito de este discurso sea tan provechoso en España como en América, contribuyendo a la difusión de un más amplio concepto del solar español y de los intereses espirituales de la raza, la cual, si logra integrarse con nítida conciencia de su vigor y de sus funciones civilizadoras en el mundo, acabará por pesar debidamente en las deliberaciones donde se resuelven los destinos de la Humanidad.

R. B. M.

ERRATA

DE CAÑAS, en donde ejerce el magisterio, nos escribe Vital Murillo:

...al mismo tiempo le agradezco la inserción de mi artículo y de una apreciación suya, tal vez inmerecida. El artículo trae unas erratas y son las siguientes, que no dudo salgan señaladas en el próximo número: pág. 141, columna 1ª, línea 24 y siguiente: el signo $\sqrt{\quad}$ debe cambiarse por una V símbolo de Volumen; en la misma pág., columna central, nota (2), última línea, donde dice

$$\sqrt{\quad} = \frac{b+h}{3} (1+K+K^2)$$

léase

$$V = \frac{b \times h}{3} (1+K+K^2);$$

eso es todo; si no fuere posible, no importa, que no son erratas sustanciales.

Los clásicos que le hacen falta:

J. Cadalso: <i>Cartas marruecas</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
<i>Poema de Mio Cid</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
Juan de Valdés: <i>Diálogo de la lengua</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
<i>Calila y Dimna</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
Montaigne: <i>Páginas escogidas</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
F. de Rojas: <i>Calisto y Melibea</i> (La Celestina) 1 volumen pasta.....	2.00
Montesquieu: <i>Cartas persas</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
Baltasar Castiglioni: <i>El Cortesano</i> , 1 volumen pasta.....	2.00
Cervantes: <i>Los trabajos de Persiles y Sigismunda</i> , 2 volúmenes rústica.....	3.50

En la Administración del REPERTORIO

ELOGIO DE LAS ROSAS

A LA ETERNA.

LA PRIMAVERA

Arde al sol pleno la amorosa rosa,
y en su carmín que vívido exuberaba,
sangra su mordedura deliciosa
la fresca boca de la primavera.

LA MARIPOSA

Lucen ante el embeleso
de la frágil mariposa,
como provocando al beso
las mejillas de la rosa.

Y tu alma, fiel mariposa,
desdeñando aquel tesoro,
sobre la instantánea rosa
del beso, se enciende en oro.

LA COPA Y LA ROSA

Gotas de vino y pétalos de rosa
que la alegría fútil desparrama
como gotas de sangre dolorosa.

Y en la copa final que se derrama,
y en la abolida flor, deja por heces
beso de vidrio y sequedad de rama.

Sólo tú ansioso de sufrir con creces
la servidumbre de tu amor tremendo,
oh firme corazón, nunca envejeces
para seguir sangrando y floreciendo.

ROSA NOCTURNA

Negros de noche ya, mi mano queda
acaricia los pétalos, y en ellos
palpo amoroso la fragante seda
del nudo de tus lóbregos cabellos.

LA BLANCA ROSA

Rosa de nieve, rosa solitaria
que amaba el cisne de Rubén Darío.
Blanca flor de pureza y de plegaria,
cuyo imposible amor llora el rocío.

Bañada en luna te cantó el poeta,
mientras soñabas, entreabierto el broche
al casto beso de la luz que aquietaba
los lagos misteriosos de la noche.

ROSA MISTICA

La luna en un deshojamiento blando
de extática blancura, desde el cielo
abre la inmensidad de su consuelo
a algo muy nuestro que se va llorando.

ROSA PALIDA

Sobre la vencida rama
que ya de hojas se desviste,
adquiere la rosa triste
la nobleza de lo que ama.

Muriendo de la largueza
con que rinde su tesoro,
cobija en su manto de oro
la espina de la tristeza.

Así, en la pálida flor
y el alma medita buda,
toda tristeza profunda
es un estado de amor.

ROSA DE OCTUBRE

Fresca muchacha que del cerco asoma
a nuestro paso, en su percal sencillo.
La gracia juvenil pone en su aroma
un dejo de lavanda y de membrillo.

Ríe sin causa, loca de contento:
y arriesgando, aturdida, su decoro,
en su lacio corpiño entrega al viento
su corazón que es un polvito de oro.

ROSA

Rosa es la flor de la aldea,
la muchacha más donosa
a quien da nombre la rosa
en que el jardín se recrea.

Parece que en sus ojazos,
como en la noche espirante,
un doloroso diamante
se hizo en la sombra pedazos.

En redondez suave y plena
difunde su donosura
la generosa frescura
de la tinaja morena.

Habla en su boca la flor
que la tiene por hermana,
y hecho gloriosa manzana
provoca en ella el amor.

Con voz o miradas tiernas,
no hay mozo que no la alabe,
y un rayo de luz no cabe
entre sus triunfantes piernas.

LA MULTIFLORA

Humilde eglantina
que en las ramas sesgas,
temblando te arriesgas
detrás de tu espina.

Tu pueril deseo
se angustia no poco
si el pájaro loco
grita: ¡bien te veo!

Todo el bosque adora
tu gracia de niña,
y el fauno te guiña
su ojillo en la mora.

ROSA MARCHITA

Rosa marchita que el amante guarda
entre viejos y pálidos papeles
que a ese recuerdo vagamente fieles
siente pasar bajo su mano tarda.

Quizá recuerda un algo de la vida
de aquel amor, tras tantos desengaños,
y por eso parece que, a los años,
no está muerta la flor, sino dormida.

ESPINAS

Sólo quedan las espinas
en el rosal ya desnudo
que prefiere, quieto y mudo,
el pájaro de las ruinas.

Con presagio de borrasca
que exaspera un soplo helado,
en el patio abandonado
cuchichea la hojarasca.

Reina una calma de entierro
en la tarde de ceniza
que el ramaje martiriza
con sus látigos de hierro.

Y por amor de la rosa,
guarda el pájaro a su amor,
la constancia de la flor
en la espina rigurosa.

ULTIMAS ROSAS

Yo quisiera morir como las rosas
en la blandura del deshojamiento.
Irme suave y cordial, callado y lento,
en la quietud conforme de las cosas.

Prolongar por las calles arenosas
del jardín familiar, ya macilento,
la blandura de mi deshojamiento
en la melancolía de las rosas...

LEOPOLDO LUGONES

(La Nación. Buenos Aires).

Envío de don R. Martínez Solimán.

Repertorio Americano

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	€ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)...	3-50 > >
La página de avisos, por inserción.....	20-00 > >

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

LECTOR amigo: ¿A usted deveras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

CLUB FEMENINO DE CUBA

DESDE que, con feliz acierto, se fundó este Club por un grupo de damas cubanas llenas de energía y previsión, he seguido con el mayor interés todos sus actos, tanto los que han tenido por escenario sus salones, como los que han trascendido más allá de sus muros. Con esfuerzo continuado, como para demostrar lo infundado de la tacha de versatilidad que se pone a su deseo, sus socias han hecho ostensible un verdadero progreso en nuestras costumbres.

No se han preocupado sólo de sus fiestas sociales, aunque éstas han sido brillantes, sino que han querido poner de manifiesto el alto propósito de cultura que las anima. Ven claro el nuevo papel que les preparan los nuevos tiempos, y desean estar dispuestas para desempeñarlo a conciencia.

No abandonan la antigua tarea, sino la amplían. Realizan el bien hasta donde pueden, e intentan hacerlo fecundo. No hay propósito más alto. Quieren educar con su ejemplo, y no principalmente a las que ha colocado la fortuna a su nivel, sino a aquellas que han estado destituidas de los medios de educarse. Quieren ir hasta los que llamamos desheredados, sin fijarnos en la terrible acusación que contra nosotros mismos lanzamos, a fin de enseñarles cuanto le sea útil para competir en la lucha por la vida.

Preparan así, aun sin fijarse del todo en ello, la época en que no se puede hablar con verdad de lucha, y se sustituya este vocablo amenazador por el término, rico en promesas sociales, de cooperación. ¡La lucha por la vida! Mientras sea lícito imponer a un pueblo este odioso estigma, mientras haya en él quienes tengan que luchar por vivir y para vivir, en vano alardeará de sus empresas industriales, de su riqueza acumulada y en aumento, de su espíritu inventivo, de su ciencia, de sus bellas artes, de la naturaleza sojuzgada por su esfuerzo y de su espíritu remontándose a las últimas esferas de la especulación; ese pueblo, rico de civilización y cultura, vive socialmente en la edad de las cavernas y sobre su refinamiento y delicadeza impera sin contraste la ley del más fuerte. El advenimiento de la mujer a la vida pública, por lo mismo que entraña una gran reparación en la esfera de las relaciones sociales, si no quiere traernos al cabo un lastimoso desengaño, ha de caracterizarse por la colocación en el primer plano de las preocupaciones actuales ese magno problema que acabo de indicar:

hacer de los hombres, en vez de competidores, colaboradores.

Para realizarlo, tiene la mujer en sus manos la educación de la niñez, llevada a cabo con espíritu mucho más cultivado y libre, y el voto, dado conscientemente, para preparar y buscar grandes reformas, no siguiendo la vieja rutina partidista. Sobre el mundo actual pesa una formidable amenaza: o se regenera, o se desgarrará en convulsiones que pueden ser mortales. En manos de la mujer si ha de hacer el mejor uso, el adecuado de la nueva franquicia, está impulsarlo por el camino, escabroso pero necesario, de la regeneración.

No se diga, como objeción a este programa, que la mujer ha educado siempre, ha ejercitado siempre la beneficencia. Bastaría preguntarle: ¿qué has hecho del niño, al cual has lanzado al torbellino de la vida para ser hombre de guerra, hombre de iglesia, hombre de industria, hombre de esto o aquello, pero no para ser hombre? ¿Qué has hecho de la niña, en cuyo cerebro has dejado germinar las simientes de todas las preocupaciones, en cuyo corazón has cultivado con amor las flaquezas que esclavizan, a quien has destinado para compañera de placer, no para compañera de trabajo, a quien no has sabido decir: ve por ese áspero camino, ve de mano del esposo, mas no sobre su hombro?

Y habría que seguir preguntándole: ¿cómo has realizado el bien? ¿Lo has

realizado por amor al desvalido, o por amor a tu creencia? ¿Has practicado el bien por el bien, o por acrecentar tus merecimientos? ¿No has hecho de tu limosna un contrato de compra venta, dando el óbolo a cambio de la profesión de fe? ¿No has querido limpiar con una mano y bautizar con la otra? ¿Has sido caritativa o propagandista? Mientras no se aprenda que toda conciencia humana es sagrada, y que no hay derecho a penetrar en ella para imponerle una creencia, no se habrá establecido el dogma social más trascendente: el del respeto inviolable a nuestro semejante. Cuando esa imposición se hace a cambio de bienes materiales que la miseria del socorrido demanda como indispensables, se establece el más antihumano de los tráfico.

Bien sé que esa sociedad no atiende ni a credos políticos, ni a credos religiosos para admitir a sus miembros y mucho menos ha de atender a ellos para derramar sus beneficios. Busca a todos los samaritanos, aunque no sean buenos. Transcribe en su bandera el hermoso lema de tolerancia. Esto sólo equivale a una noble profesión de fe. Es mucho. Porque en nuestro país, que va olvidándose de su historia, impera cada vez más la reacción, la cual asusta a los débiles, pero estimula a los enérgicos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Vedado, noviembre, 1920.

(El Figaro. Habana).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

FABRE

y sus "Recuerdos entomológicos"

LA EDITORIAL CALPE acaba de publicar en cinco volúmenes, editados con elegancia y abundantemente ilustrados con dibujos y fotografías, un extracto de los *Souvenirs entomologiques*, de Fabre. ¿Se concibe que sea ésta la primera versión española de una obra semejante; que no haya habido antes un educador ni un industrial capaces de acometer esa empresa tan provechosa como noble? Sin embargo, así es: los *Recuerdos entomológicos* no han existido hasta ahora para la inmensa mayoría de los españoles. Han pasado muchos años sin que se intentase incorporar a la cultura popular española un monumento científico que, por su claridad, su amenidad y su belleza, constituye un elemento educativo de primer orden.

Aprovechemos la grata circunstancia para decir algo de la obra y de su autor; no más que lo necesario para mover a curiosidad al público y, en particular, a los maestros primarios de nuestro país, los cuales podrían hallar en la simple lectura a sus discípulos de los *Recuerdos entomológicos* un medio docente cuyos resultados inmediatos les colmarían de asombro.

JUAN ENRIQUE Fabre murió hace muy pocos años. Noventa, llenos de trabajo y amargas, pesaban ya sobre sus hombros. Todavía duraba la emoción que en el mundo civilizado despertó su jubileo, reparación tardía, en verdad, para quien tanto bien había hecho y tanto tiempo había soportado el frío abandono de su patria.

Nació en un pueblo de Provenza, de humilde familia campesina. El futuro revelador de las maravillas del instinto en los insectos tuvo en su niñez por principal ocupación la guarda de patos. Pero ¿quién sabe si en otro medio más amable se habría embotado su naciente espíritu de investigación? El contacto continuo con la Naturaleza libre y el trato asiduo con las bestias se le estimulan y esclarecen. Un día—el observador tiene seis años—se queda mirando al sol, meditabundo. Se le ha presentado un problema. ¿Con qué gozamos de esa gloria radiosa, con la boca o con los ojos? «Abro la boca cuanto puedo y cierro los párpados. La gloria desaparece. Abro los ojos y cierro la boca. La gloria vuelve a aparecer. Repito el experimento con el mismo resultado. Es cosa hecha. Ya sé que veo el sol con los ojos. ¡Oh,

qué hermoso hallazgo! Por la noche lo cuento en casa. La abuela sonrío; los demás se burlan. ¡Así va el mundo!...»

Siempre habrá gentes que se burlen de este encantador episodio. También las habrá que mediten sobre él. Seguid la vida de Fabre, estudiad sus métodos de experimentación practicados día



JUAN ENRIQUE FABRE

por día, durante casi un siglo, y veréis que en aquel muchachuelo, espontáneo y candoroso analizador, estaba naciendo el que Darwin, sobrecogido, había de llamar «investigador incomparable».

Cuenta doce años, y ha empezado su educación apenas, cuando, consumada la ruina de su hogar, se alza ante él otro problema más grave y pavoroso: el de vivir por cuenta propia. Piensa en él mientras, mísero y desamparado, camina errante a la ventura de Dios; pero, iluminado por una llama ideal que no ha de extinguirse sino con su vida, va a parar a Avignon, en cuya Escuela Normal conquista una plaza pensionada.

Empieza aquí la segunda etapa de su vida. El pedazo de pan, aunque

exiguo y acérrimo, no ha de faltarle. Maestro de escuela a los diez y ocho años, profesor de Instituto más tarde, consagra a la enseñanza los treinta mejores años de su vida. Pero, más que enseñar, estudia. El libro de la Naturaleza, generoso e inagotable, es su texto favorito. Se casa, y su amor conyugal es fecundo, como su amor a la Ciencia. Cada día, una nueva verdad. Cada año, un hijo nuevo. La miserable soldada con que el Imperio francés paga a sus profesores, no le basta. Hay que trabajar más para acrecentarla. Fabre interroga de día a la Ciencia, y de noche escribe lo que la Ciencia le ha dicho. Ochenta libros de vulgarización, aparte de innumerables trabajos de investigación publicados en la Prensa científica, son el fruto de sus vigiliadas en estos treinta años de su existencia. Sus descubrimientos sobre la vida de los insectos le atraen la atención universal. Darwin le consulta; Dufour, el más afamado naturalista de la época, le felicita; Duruy, el Ministro de Napoleón, futuro historiador de Francia, le halaga y se promete premiarle. Fabre no tiene más que una aspiración: la cátedra, la enseñanza superior. No ha de lograrla. En su camino, angosto y rudo camino, que él mismo va labrándose sin más armas que la virtud, el saber y la perseverancia, se ha alzado un obstáculo indestructible: la envidia, la ignorancia y la ingratitud son sus naturales enemigos; y le vencen. Privado de la enseñanza, se retira a su Provenza y se establece en Orange. Allí ha de pasar unos años aún, luchando como un forzado contra la pobreza. Allí comienza a acumular y sistematizar los materiales para su obra imperecedera. Allí empieza a establecer su laboratorio. Vive rodeado de hijos y de insectos. Hasta entonces, se ha analizado el insecto muerto; labor de escalpelo que nuestro investigador desdén. El necesita *hablar* con el insecto vivo. Ha surgido ya en su mente la idea genial, la que hará de sus observaciones no sólo una colección magnífica de revelaciones sorprendentes, sino un inmortal monumento filosófico: quiere profundizar en el instinto de los insectos y saber qué hay de cierto en la teoría del transformismo que ha venido a sustituir a la de la generación espontánea en el corazón anhelante de sus contemporáneos.

Rotas para siempre sus antiguas ilusiones, sólo una le queda: poseer un rincón de tierra que no quiera nadie, un trozo de campo solitario y hostil, incapaz para el cultivo, pedregoso y erizado de maleza: allí estará su tesoro, porque allí está el paraíso de los himenópteros. Orange se le va haciendo imposible. Cuando sale muy de mañana en busca de alimento para

sus pupilos: tiernas mariposillas para sus empusas, topos putrefactos para sus necróforos, langostas para sus feroces escorpiones, las gentes le miran con extrañeza; pero esta extrañeza se convierte en asco y casi en furor cuando le ven inclinarse en medio de su camino y llenar cucuruchos de papel de la inmundicia reciente que ha de dar trabajo y sustento a su colonia de escarabajos insaciables. No; no son estos trabajos para realizados a la vista del transeunte ignaro y bien ajeno a que las manipulaciones inmundas de un vil pelotero pueden servirle al sabio para afirmar o negar la existencia de Dios.

Esta vez triunfa Fabre. ¡Lo que pedía era tan poco! Ya tiene su laboratorio y su Edén. Un cuadro de terreno áspero e inculto, cercado de tapias y enmarañado de cardos y centaureas. Allí, sin testigos ni trabas, va a hablar en alta voz con sus amadas bestezuelas. Estamos en 1879. Aparece el primer volumen de los *Recuerdos entomológicos*. Siempre pobre, aunque sus obras le procuren estrictamente la mísera pitanza, Fabre no puede pensar en gastos: unos tientos cubiertos de alambreras, unas campanas de cristal y una colección copiosa de cajas de cartón y botes de sardinas o de pimientos componen su instrumental científico. La materia prima no falta: un ejército da tarántulas, una legión de alacranes, un pueblo de escarabajos, una nación de chicharras... Si escasea algún bichejo, los rapaces del pueblo lo buscan por una moneda de cobre. Si se necesitan auxiliares, ocho tiene el entomólogo, ya viejo y cansado: sus hijos y sus hijas le ayudan con su vigilancia y con sus ojos jóvenes, poderosos y brillantes.

¡Cómo se inflama entonces el amor de Fabre por sus animalitos! No se limita a observarlos, sino que los interroga tan hábil y concienzudamente, que ellos siempre le contestan. La procesionaria del pino le cuenta su larga vida de larva en la oscura cámara de madera que ella misma ha horadado, amueblado y adornado; los insectos acuchilladores le revelan el secreto maravilloso de su destreza: cómo se inmoviliza a la víctima hundiéndose una, dos, tres o nueve veces el puñal en sus centros nerviosos o comprimiéndole los ganglios cervicales; los escorpiones le cuentan sus amores, siempre terminados en espantosa tragedia.

Todos los minúsculos habitantes de su laboratorio le muestran el misterio de su arte o de su oficio: unos son cazadores, otros carpinteros, otros escultores, otros enterradores; los hay versados en cirugía y en arquitectura; los hay artistas simplemente; hay larvas que conocen el secreto de la vida

y descifran el porvenir; hay avispas ancianas que saben ser porteras...

El les exige más y más. Y entonces le desvelan la gran verdad que él buscaba: le dicen que su instinto es maravilloso, superior algunas veces a la razón humana; pero que su inteligencia es nula; es decir, que la razón humana no es sencillamente una herencia zoológica, simple grado de una escala que arranca de las sentinas de la animalidad.

Ante la «sublime lógica que el himenóptero emplea para herir a su víctima o paralizarla por presión del cerebro con una destreza que apenas podría imitar el cirujano más hábil, se ha sentido pequeño y ha exclamado: ¡Ciencia soberbia, humíllate!» Ante la ciega ineptitud de la misma bestia sabia para realizar cualquier acto que requiera un débil fulgor de razón, se revuelve contra las teorías transformistas y las llama «brutalidades filosóficas».

No necesita más: ha vivido otros cuarenta años en conversación con sus insectos, luchando con las dificultades de una existencia ingrata; siempre «con un pedazo de cadena al pie». Es-

cribe el décimo volumen de sus *Recuerdos*, recibe el homenaje de Francia, y muere.

No es posible en un artículo de periódico dar idea de la obra gigantesca de Juan Enrique Fabre, ni es tarea ésa apropiada a mis fuerzas. Algo habría querido decir del estilo literario, tan elegante y tan sencillo, de este hombre, que decía: «La claridad es la suprema cortesía del escritor». Algo más que claridad hay en sus obras: hay amenidad, ternura, comunicativo calor cordial. Hacen meditar al hombre culto y divierten al niño como si fuesen fábulas. Cuando los niños españoles (enemigos implacables del insecto y otras bestiecillas bondadosas y útiles a quienes consideran horrendas y dañinas por un falso concepto de la bondad y de la belleza o por bárbaras supersticiones heredadas) hayan leído los *Recuerdos entomológicos*, la cultura española habrá cambiado de rumbo.

FÉLIX LORENZO

(El Sol, Madrid).

Envío de don Juan Ramón Uriarte.

A ORILLAS DEL ESCALA

Las reformas del nuevo Director de las Escuelas de Bruselas

La juiciosa y progresista Bruselas ha adoptado unos Programas de Educación Primaria semejantes a los que aquí están a punto de irse a pique.

Faire entrer la Vie, la Beauté, la Vérité dans l'école, voilà ce que nous devons vouloir et réaliser.
(DEVOGEL, Directeur des Ecoles.)

CAEN las hojas de los árboles, y bo- gan dulce, suave y tristemente cuando el viento se duerme en los rama- jeres negros. Libros y enseres escolares han asaltado las vitrinas, y los almacenes se llenan de sonoros deseos infantiles y de esperanzas paternas. En las calles, desfiles de gente juvenil y menuda, cartapacio bajo el brazo. Diríase que Bruselas se ha infantilizado, que es la ciudad de Liliput. Es que estamos en la estación escolar. Otoño abre aquí las puertas de la escuela, y las cierra Estío, época de calor que convida al veraneo, a orillas del mar o en el regazo campestre de la naturaleza.

Cada año escolar se inicia en Bélgica con un programa de reformas a realizar durante todo el tiempo de labores, porque la escuela belga está en constante renovación en su acción educadora.

Antes de traspasar los umbrales de la escuela, para vivir su ambiente y observarlo, veamos cuáles son las reformas que ha formulado la autoridad escolar este año.

Todos los propósitos han coincidido en la ingencia de un nuevo programa de estudios. El Director de Escuelas nos ha dicho en sustancia, sobre el particular, estas palabras que deben ser muy atendidas por todos los que en ese país tienen que ver directa o indirectamente con la educación pública, el problema magno de toda nación civilizada:

«Por sus principios fundamentales, sobre todo, la Instrucción debe constituir un medio de cultura real. Es necesario que ella refleje todos los conocimientos científicos desarrollados en esta última década. La Biología,

por ejemplo, en particular, ha extendido su esfera especulativa. Por lo que respecta a las ciencias naturales en general, no es solamente la observación de los fenómenos lo que interesa, sino el estudio del ser humano, el animal, la planta, en todas sus diversas manifestaciones. ¿Qué prueba de inteligencia se revela cuando se coloca al caballo entre los solípedos? La Zoología y la Botánica se han reducido a una serie de clasificaciones que no hacen más que poblar el espíritu de nociones sin vida, como flores de herbarios, como pájaros disecados. Por intuitivos que sean, estos estudios conservan aún el carácter de la enseñanza de las nomenclaturas, como lo era la Geografía hace un cuarto de siglo. Lo que es preciso aprender, es el *por qué*, si no de la vida, al menos de sus manifestaciones y de sus aspectos; las costumbres de los seres que anima, etc. *Aprender*, saber, no es un fin por sí solo, sino un *medio* para desenvolver las fuerzas del corazón y de la inteligencia. Pidamos, exijamos, a nuestros discípulos pruebas de inteligencia y autoconducción, y no solamente pruebas de memoria, es decir, de servilismo. Cuando nuestra enseñanza sea en realidad científica, hará que esta fórmula, tan ridícula como célebre; «La escuela para la vida», ceda su puesto a esta otra: «La vida en la escuela». Todas las escuelas han preparado siempre al niño para la vida, y es una perogrullada repetirlo. ¡Y pensar que se ha luchado tanto durante tantos años para llegar a una pobre frase como ésa! Llevar la Vida, la Belleza, la Verdad a la Escuela, he ahí lo que debemos anhelar y realizar».

Evidentemente, la reforma de los programas escolares belgas, desde el punto de vista en que se ha colocado el señor Devogel, espíritu de altísima cultura y de voluntad robusta, será de una trascendencia educadora y positiva para el porvenir de este pueblo. La utilidad se determina, así, según la profesión u oficio a seguir por el individuo. Tal reforma, tiene la ventaja de agrupar las nociones más diversas en torno de un cierto número de *centros de interés*,⁽¹⁾ como dice el Director de las Escuelas de Bruselas. El maestro, por ejemplo, no irá a la escuela con la idea de que va a dar su lección de aritmética, después la de idioma, en seguida la de historia, etc. «Todas estas ramas de estudios, dice el pedagogo D'Orbaix, deben penetrarse, llamarse y responderse;

formar un vasto conjunto, una especie de sinfonía de pensamiento y de acción que el alumno escuche sin fatiga y que contribuya a su constante *elevación*». ¿Lecciones en esta forma de enseñanza? Oíd lo que dice el Director mismo: «¡Lecciones! ¡Execrable vocablo! Lo que nuestros horarios deben ordenar son series de *ejercicios*, de los cuales algunos serán los núcleos de radiación intelectual y moral».⁽¹⁾

Entra en el plan de reformas del nuevo Director de las Escuelas bruselesas, la aplicación predominante de los *métodos constructivos* en su verdadero sentido, porque, aquí, como en muchos países, se han seguido tales métodos solo nominalmente. «El principio de acción exige que el niño sea *ocupado*, que él haga, construya, alguna cosa por sí mismo, y que la aplicación sea realizada por él».⁽²⁾ Evidentemente, esta clase de trabajo llega a ser un *control* personal de la intuición conforme a la cual la clase ha sido dada».

Como nuestro objeto es sólo dar sintéticamente idea del espíritu de las reformas de este año, dejamos al margen de estas líneas muchas innovaciones, ampliaciones, rectificaciones que la Dirección de las Escuelas de Bruselas tiene el firme propósito de llevar a término. Sólo diremos que las escuelas públicas de esta capital contarán ahora con un salón cinematográfico propio, donde podrán los alumnos ilustrar las lecciones abstractas que se den en las clases.

Como se ve, aquí los dirigentes oficiales de la enseñanza no se contentan con cumplir sus obligaciones, mucho menos con devengar el sueldo. Quieren que la Escuela belga no permanezca estacionaria, en medio de la universal renovación. Y luchan con denuedo.

JUAN RAMÓN URIARTE

Otoño de 1920.

Nuevas tendencias de la educación en los Estados Unidos

(Véase el REPERTORIO número 9.)

II

LA ESCUELA DE HORACE MANN

LA bandera que flamea en lo alto del mástil de un barco es una permanente invocación al secreto destino que le aguarda sobre las aguas del mar. Y estandartes sobre mástiles son ciertos nombres. Pronunciarles es como invocar un oculto destino o remover un pasado en el corazón o en la memoria de los hombres.

Horace Mann es uno de esos nombres estandartes. Con el privilegio singular de que, cuando se le pronuncia entre las gentes de Hispano América, sobre los Andes flota, como una fúlgida aurora austral, la titánica figura de Sarmiento. Porque ambos, Mann y Sarmiento, se han sumergido en un mismo esplendor de gloria. Ambos, al cruzar por encima de las ascuas de los días, purificados y ennoblecidos, han jurado una vez más su fe en un mismo ideal: la educación popular, como el único vado posible para el rebaño de la barbarie hacia la civilización propiamente humana.

Para la América de nuestra lengua la obra de Sarmiento fué perenne manantial de inspiración, en cuyas aguas, sabrosas y profundas, sentíase la virtud esencial de Horace Mann. La

legislación educacional de las naciones de la América Hispánica, aun cuando históricamente pueda retrotraerse al proyecto de Condorcet, debe su amplitud, su tendencia a la universalización con propósitos superiores a los de la mera instrucción democratizante, a Sarmiento, en cuya palabra amalgamóse con la suya la elocuente sabiduría de Horace Mann.

El nombre de éste, en el frontispicio de una escuela es como una atadura a venturosa estrella.

Y tal, en realidad, ha sido. La Escuela de Horace Mann es una de las mejores de Nueva York. La conocí en 1912 y la he visitado recientemente. El edificio, un presente de los esposos Macy, es toda una encarnación de una importante teoría de higiene escolar: la de la educación el aire libre como la más adecuada para conservar la salud. Hay en él una ventilación constante e insensible que permite la total renovación del aire de cada aula en el lapso de siete minutos. La humedad normal del ambiente se mantiene por medio de unos humidificadores y la temperatura media nunca es excesivamente diferente de la del exterior. Y sobre la azotea del edificio vecino, destinado a las Artes Domésticas, se han hecho instalaciones que sirven para acomodar grupos de alumnos que por razones especiales reclamen ese tratamiento a cielo abierto. El edificio que se

(1) Estos *centros de interés* no son otra cosa que la *correlación de tópicos* de que hablan los Programas del señor Brenes Mesén, que tanto repugnan a la ignorancia y a la mala voluntad.

(1) ¿Qué otra cosa si no esto piden los Programas del señor Brenes Mesén?

(2) Esto en los Programas del señor Brenes Mesén se llama *proyectos*.

halla entre esta escuela y el de *Teachers' College* posee cuanto se requiere para una excelente cultura física: los salones de gimnasio, de juegos deportivos y danzas, los baños, y un vasto estanque de natación. Hay además un constante trabajo de corrección de defectos físicos, mediante el conjunto de ejercicios apropiados a ese objeto, bajo la dirección de personal de rara competencia. Aquí, como en la Escuela de Speyer, es un fundamental propósito la conservación de la salud y la promoción del desarrollo físico de los alumnos. Todo está calculado para su confort.

Se ha organizado como parte integrante de *Teachers' College* y comprende el *Kindergarten*—instalado en el edificio de esta institución—la escuela elemental y la escuela secundaria o liceo.

El *kindergarten* se propone desenvolver los sentimientos sociales y el impulso creador en los niños. Entráis en su sala, vasta y luminosa. Hay parvadas de voces, bandadas de actividades en torno de los más diversos objetos: agua, arena, madera, bolas, semillas, cuanto puede servir para jugar y para construir. Cada cual sabe que está haciendo lo que desea y como lo desea. A la primera entrada os parece que allí sólo se juega y ésta es quizá la impresión de muchos de los visitantes. Pero cuando se analizan las diversas actividades allí comprometidas descúbrese un propósito alto y fecundo: el despertar la saludable conciencia de que es capaz de hacer, de inventar, de dirigir, de cooperar, de terminar las cosas que se comenzaron. Los niños sienten, imaginan, piensan, calculan, arman, desarman, se equivocan, aciertan: acumulan las primeras y más importantes experiencias de la vida. El niño aprende con sus manos y su cuerpo entero lo que en otras escuelas se le enseña a retener en la memoria, sin haber palpado; sobre todo, sin haber construido.

Y este principio que rige la labor—el juego, si gustáis—del *Kindergarten* inspira la de los grados inferiores de la escuela elemental, en particular la de cuatro grupos que funcionan dentro de una esfera de experimentación. «Haced lo que gustéis» es un principio desconcertante para la gran mayoría de los maestros y para la casi totalidad de los padres de familia. Porque, ¿acaso no implica la escuela un concepto de régimen disciplinario y de subordinación intelectual y moral a métodos y reglamentos que se suponen elaborados para dirigir sistemáticamente la obra de la educación escolar? Pues bien, el «Haced como gustéis» es de una fertilidad que asombra.

La inventiva de los niños se mueve dentro de líneas que son perfecta-

mente humanas y que en consecuencia repiten los procesos psicológicos y los actos materiales de los hombres que trabajan en la construcción de algo. Lo más natural es que los niños traten de imitar las obras de los hombres. Hay, por lo tanto, necesidad de que para hacer lo que gusten tropiecen con los mismos fundamentales problemas que han debido resolver los grandes.

No importa cuál sea la obra que emprendan: siempre encontrarán puntos de convergencia en donde el interés de los unos coincide con el de los otros. Pero aun cuando así no fuese, ninguna instrucción es más interesante para el niño que aquella a que le llevó la natural curiosidad o la necesidad de salir adelante con una empresa genuinamente suya.

Se siente uno tentado a preguntarse para qué ha servido todo el estudio de la psicología aplicada a la educación, si en realidad se ha continuado tratando a los niños como si no fuesen más que pequeñas razones por desenvolver y no seres humanos completos, con su emotividad y su actividad tan poderosas como su imaginación y más aún que su razón. Una educación integral debe contar con todos estos factores; para alcanzar lo cual conviene devolver al niño su espontaneidad nativa, la soltura de sus movimientos, la frescura de su imaginación, la versatilidad de su carácter. El principio de «Haced lo que gustéis» sitúa al niño en el centro de la escena. Él es quien hace, él quien piensa, él quien dice. La maestra es su colaboradora inteligente y con mayor experiencia a quien recurre en todos los momentos de la dificultad insuperable, que son los más bellos momentos del esfuerzo, del interés, y del poder de absorción del conocimiento oportuno en vista de un fin inmediato, que es su propio fin y no el de la maestra, como ocurre en las más de las escuelas del mundo. Y ¿cuál es la suerte de la lectura y de la aritmética y de la escritura y de todas estas santas cosas que deben presentarse con alba y casulla para imponerlas en la estimación de los niños? Se va a la escuela para aprender estas cosas y no para hacer lo que gusta. «A la escuela no se viene a hacer lo que queréis, sino lo que se os ordena»—se dice de ordinario en las escuelas. Como si los niños quisieran hacer alguna vez cosas que no fuesen humanas, cosas que no trascendiesen a las actividades corrientes de los hombres ya formados.

En cada uno de los proyectos de los niños entran todas las nociones posibles. A la maestra corresponde el surgir, el espiar el instante propicio para revelar el mundo de las ideas que se hallan detrás de las cosas, inclusive de las cosas de los niños.

Y la hora del *lunch* llega. No dice la

maestra: «Sentaos a tomar el *lunch* porque ya es hora». Es el estómago de alguno de ellos el que lo grita. Y la sugestión toma las proporciones de la vida. Ellos mismos limpian las mesas y tienden el mantel; distribuyen los platos, las cucharas, los tenedores, los cuchillos, las servilletas. Esto es, tienen que contar, calcular, imaginar, armonizar. Y en un acto inocente de la vida diaria el conocimiento útil llama imperiosamente a la inteligencia de los niños. Va yéndose al pasado el *Kindergarten* clásico con su colección de dones, con sus trabajos uniformes y colectivos. Y prepara su viaje hacia las costas felices de la historia la escuela elemental que atormentó a los niños que quisieron «hacer lo que gustaron».

Pero ésta que os he presentado no es toda la Escuela de Horace Mann ni son esas actividades elementales cuantas comprende la institución. Nada os he dicho de este gobierno autónomo en que los adolescentes de ambos sexos cultivan los sentimientos altruistas y desarrollan la conciencia de la personal responsabilidad; nada de esa prueba inequívoca del éxito, que es el contento de los niños, su interés por la obra y no las pruebas finales que han concluido en las más de las escuelas por matar la inspiración y anonadar la obra fecunda que estuvo llamada a realizar la escuela.

Nada os he mencionado de las labores de artes domésticas y de la educación física; nada de las bellas obras de la Asociación de las Alumnas, ni de sus dos publicaciones, una de las cuales contiene siempre la historia de la clase que se gradúa.

¿No sentís en todo esto como una aura de renovación, como un aliento de Horace Mann, como un soplo de Sarmiento?

Al llegar aquí vendrá a la mente de quienes leyeren el recuerdo del fracaso de la escuela de Yasnaia Poliana en la cual Tolstoy, con su visión genial, descubrió el principio: «Haced lo que gustéis». ¡Ah! Pero ¡no siempre los que descubren son los que mejor se aprovechan de su genio!

A sus alumnos dijo Tolstoy: «Haced lo que gustéis». Pero ellos nada tenían que hacer, ni nada con qué hacer. Se trató de que mostrasen un interés puramente intelectual y no se hizo un llamamiento a las demás actividades humanas. Fracasó la aplicación insuficiente y errónea del principio, pero no el principio mismo, que es esencialmente humano y fecundo. El éxito de todas las vocaciones descansa sobre él, como columna en pórfido. Su triunfo en los grados elementales de la Escuela de Horace Mann es prueba de bronce.

Los sentimientos sociales trabajan allí en curva amplia y abierta: la cooperación generosa y oportuna, conver-

gente en tiempo y lugar, para enseñar en su nacimiento la solidaridad de los grupos sociales, la superioridad material e ideal de la concordancia deliberada de los esfuerzos en contraposición a la competencia egoísta que ha sido tan frecuentemente la norma de la escuela. La cooperación diferenciada del trabajo colectivo usual, que es simplemente la repetición gregaria de un mismo proceso o de una misma operación, mientras la otra es acuerdo armónico de distintos procesos individuales empeñados en la consecución de un fin único y complejo. El altruismo en su más elevada forma de amor de servicio es la consecuencia pendiente de esa cooperación. Y todo ello grita en las almas de estos niños el santo conjuro del amor al compañero que habrá de ser el colaborador, o el amigo, o el camarada en la brega de la vida, o el disfrute de la dicha, o el gobierno de los hombres.

Y se prepara en la Escuela de Horace Mann la vida de una democracia verdadera. No basta saber que se tiene constitución e instituciones democráticas para asegurar que se vive en

plena democracia. Urge preparar a los hombres para que puedan asumir la tremenda responsabilidad y el alto honor de vivir en una democracia. Ello comporta, en primer término, el gobierno de sí; la conciencia de su deber y de su derecho, el respeto del derecho ajeno. E implica, además, un liberal poder de servicio; simpatía, si no amor, para su semejante. Y una más clara conciencia aun de la solidaridad humana. La cual no pueden sentir quienes siempre trabajaron para sí, prescindiendo de los demás, como por ignorancia de que el éxito individual es obra eminente social.

Haciendo comprender esto la Escuela de Horace Mann trabaja a cincel, con lentitud y perfección, la piedra de la democracia que está por venir.

Y ella ni busca el éxito en las fabulosas pruebas finales de curso, sino en el interés que por la obra de la escuela muestran los niños, en su contento de vivir dentro de ella, con el noble y delicado amor que da la comprensión.

ROBERTO BRENES MESÉN

Junio, 1919.

X

Habana, octubre 19, 1920.

ESTA noche he asistido a la reunión preliminar de la fundación del grupo «Clarté» (Claridad), en la Habana.

El grupo «Clarté» fué fundado en los días en que se discutía el tratado de paz de Versalles, por Anatole France, que lo preside; Henry Barbusse, que es su Secretario; Laurent Tailhade, Charles Gide, y otras grandes figuras del pensamiento francés.

El primer propósito que persigue el grupo «Clarté», heredero legítimo de la antigua Liga de la Libertad de Pensamiento, en la cual, treinta años atrás, figuraron muchos de los que lo componen, es defender en todos los pueblos de la tierra el derecho del hombre para pensar y expresarse sin hipocresía.

Por otra parte, el grupo «Clarté» —que tanta resonancia ha tenido en el mundo y cuenta ya con agrupaciones correspondientes en muchos países de la América Latina— trata de difundir las ideas nuevas y avanzadas, entendiéndolo que la humanidad está en un período de evolución decisiva hacia una nueva organización cuyos contornos todavía no se definen. «Clarté» labora desde la cátedra, desde la tribuna, desde la hoja volante, por ahondar en los grandes problemas sociales y buscarles siempre del campo doctrinal, soluciones adecuadas.

La reunión de esta noche ha sido larga y provechosa. Nos dió albergue la culta dama Laura G. de Zayas Bazán, en la opulenta mansión del señor Juan Pedro Baró, hoy ausente. La discusión, en aquel ambiente lleno de luz y de atractivos, parecía realmente lleno de «claridad». Se eligió Presidente del grupo al Doctor Enrique Lluria, el eminente cubano, tantos años ausente y hoy rescatado a la patria, autor notabilísimo de «La Evolución Super-Orgánica» y de «Humanidad del Porvenir», y Secretarios al Doctor Luis A. Baralt, Zarachi Zachariae y al señor Gómez Wangüemer. Y se acordó redactar una exposición de principios e iniciar los trabajos del grupo con una conferencia pública del Doctor Lluria.

El Doctor Lluria, cuyo nombre tiene resonancia tanto en Europa como en América, es una buena adquisición. Cuba debe alegrarse de que, cargado de ciencia y todavía lleno de vida, haya vuelto al seno de la patria nativa.

Mientras tomábamos el chocolate en finas tazas de porcelana, y las lámparas, con sus pantallas de colores caprichosos, desparramaban la luz tornasolada sobre los zócalos de mármol jaspeado y sobre el piso de mármol blanco, se habló de que las tendencias

POSTALES DE VIAJE

IX

Habana, octubre 18, 1920.

ESTA noche se ha reunido la Academia Nacional de Artes y Letras, para acordar la celebración de la apertura anual de sus trabajos, haciéndola coincidir esta vez con la sesión solemne en honor de la ilustre escritora Aurelia Castillo de González, fallecida no hace mucho en el Camagüey.

Aurelia Castillo, mujer de espíritu vigoroso, y resuelto, sacerdotisa de los más grandes ideales, propulsora del progreso y de la cultura en Cuba, perteneció a la Academia y consagró al éxito de la misma actividades y energías. Toda obra donde Aurelia Castillo pusiera algún interés espiritual, estaba llamada a triunfar, por el calor vivificante que ella le comunicaba. La publicación de las Obras Completas de la Avellaneda, hecha por la Comisión del Centenario, no hubiera llegado a ser una realidad sin el tesón, la constancia y la energía de Aurelia Castillo, que la presidía.

La obra de Aurelia Castillo está reunida en seis gruesos volúmenes. Ella misma, sintiendo venir la muerte, comenzó a ordenarla hace algunos años. La tirada de esos libros ha sido muy corta; su autora, pensando, con exagerada modestia, que sólo sesenta personas (según lista hecha previamente)

podrían interesarse en leerla, ordenó al impresor ese número de ejemplares. El impresor, previsoramente, hizo ascender a cien el número de los ejemplares, y no tuvo por qué arrepentirse de ello; pues no pocas personas que no estaban en la lista reclamaron cariñosamente su ejemplar. Con todo, la tirada es sumamente reducida, y con el tiempo constituirá una rareza bibliográfica.

Pero, más que su obra, con ser ésta valiosísima, valía en Aurelia Castillo su propia vida, armoniosa y delicada, llena de majestad y de belleza. ¡Noble y austero corazón el suyo! En sus últimos años, Aurelia Castillo, con sólo contemplarla, rendía las voluntades y los corazones. Sus cabellos, de una blancura de plata luminosa, parecía aureolarla con destellos divinos; su rostro, apacible y bondadoso, revelaba diáfananamente la ternura exquisita de su alma. Ante la figura venerable de aquella anciana, no había quien no se prosternara. Al verla, había que amarla. Y por eso ella ha bajado a la tumba entre ofrendas de amor.

Esas ofrendas de amor se traducirán ahora en frases elocuentes y en versos emotivos: en el acto de la Academia honrarán su memoria Bustamante y Dulce María Borrero, Federico Urbach y Bonifacio Byrne. ¿Verdad que es un acierto?

avanzadas del grupo «Clarté» podían alarmar a los timoratos y a «los que no comprenden» (que diría Remy de Gourmont), quienes tacharían esas tendencias con el mote de «socialismo revolucionario».

Yo sonreí, mirando los frisos y arabescos que adornaban el techo de aquella mansión elegante, y aspirando, por la ventana abierta hacia la amplia terraza, una suave fragancia de jazminez. Y pensé:

—Lo cierto es que no se puede soñar con un socialismo más elegante.

Y apuré el último sorbo de mi taza de chocolate.

XVI

Atlantic Coast, octubre 28, 1920.

CORRIENDO hoy el tren, a lo largo de la costa de la Florida, he visto, a un lado y otro de la vía, cuál se yerguen, majestuosos y gentiles, los pinos nuevos.

¡Los pinos nuevos! Al punto, he pensado en Martí. Al cruzar por estos mismos parajes, cuando se dirigía hacia Cayo Hueso, donde había de fundar el Partido Revolucionario Cubano, Martí vió erguirse, bajo la caricia del sol, los pinos nuevos, al lado del pino viejo fulminado por el rayo. De ahí su hermoso símbolo, que conserva, al través del tiempo, la conciencia cubana: los pinos nuevos son la generación que surge, briosa, altiva, resuelta, capaz de las más altas y arriesgadas empresas. Los pinos nuevos son la esperanza.

Aquellos pinos nuevos que vislumbró Martí han cumplido ya su misión. ¡Veintiocho años há que pasó por aquí el Apóstol! Robustos aún algunos, deshechos otros por el tiempo y las tempestades, aún se ven hoy, sin duda, los pinos que él vió jóvenes todavía.

Estos otros pinos que yo ahora contemplo forman la legión nueva de la selva. Tienden las ramas angulosas hacia el cielo, como en una suprema aspiración de aprisionar en su copa las estrellas.

Tal sucede también si trasplantamos el símbolo al momento histórico actual. La generación de Martí rinde ya sus armas. Nuevas generaciones se levantan. ¡No destruyamos en ellas la fe en el porvenir! En ellas germina, primaveral y gallarda, la flor del ideal. ¡Salve a los pinos nuevos!

XXVI

EXPOSICION DE FLORES

Nueva York, noviembre 6, 1920.

LA Sociedad de Horticultura de Nueva York celebra en estos momentos una

exposición de flores en el Museo de Historia Natural. El aspecto que ofrece dicha exposición es en sumo grado interesante.

Lo primero que atrae nuestra vista, a la entrada del edificio, es la exposición de crisantemos. La misteriosa y atrayente flor japonesa, puesta de moda por los poetas de 1900, se presentó en mil aspectos variados y diferentes. Crisantemos minúsculos como una siempreviva, forman contraste con enormes crisantemos de más de un pie de diámetro: los hay blancos como la piel del armiño, amarillos como el trigo y como el girasol, rojos como la ceceza...

La mano del horticultor se advierte en la presentación de las plantas: una armazón invisible de alambre presta formas caprichosas a cada mata florecida. Hay algunas que simulan un hemisferio de tres metros de diámetro, del cual brotan, respetando la tromba majestuosa, centenares de flores; otras se asemejan a un abanico; otras a un original arabesco. Tres primeros premios fueron discernidos: uno, a un manojo de crisantemos blancos y gigantescos, semejantes a bolas de nieve; otro, a un abanico inmenso de crisantemos rojos; otro, a un hemisferio de crisantemos de oro, semejante a un amplio parasol verde tachonado de floraciones de luz.

¿Y las rosas? Purpurinas, sonrosadas, amarillas y blancas, eran deleite de la vista. También los claveles, con su aroma embriagador y su multiplicidad de colores, a veces combinados: claveles blancos salpicados de sangre; claveles rojos matizados de oro. Ejemplares perfectos, maravillosos, de variados tamaños, de rosas y claveles.

La exposición de helechos es asombrosa. Las variedades más raras y originales se ven allí. El primer premio lo obtuvo una mata de helecho que parecía una alfombra de terciopelo verde.

No debo dejar sin mención las orquídeas. ¡Qué difícil es adjudicar ese primer premio! Nadie queda satisfecho con su adjudicación: cada espectador tiene su orquídea predilecta. Quien prefiere una orquídea semejante a una mariposa dorada, que lleva las alas empapadas de sangre; quien prefiere una interrogación azul, como signo cabalístico que indaga el misterio del infinito. Toda la gama del color y de la fantasía cabe en esa flor que sonrío una vez por año a la caricia del sol...

No podía faltar—en estos tiempos de aplicación práctica del arte al embellecimiento del hogar—un premio al mejor arreglo de una mesa de comer. Por su sencillez elegante, nadie discute la concesión de ese premio al modelo favorecido. Es una mesa redonda, para seis personas. Suprimido

el mantel, como suele usarse hoy, cuando se trata de una mesa de madera fina y brillante. Debajo de cada plato un simple tapete protector: encima, si el asiento es para un caballero, un crisantemo; si es para una dama, un manojo de crisantemos iguales, artísticamente combinados. Al centro, un búcaro con otro ramo de crisantemos, caprichosamente dispuestos, sin seguir una simetría convencional. Y aquí o allá, ramitas finas de helecho, difundidas en los contornos. Todos los crisantemos de la mesa son color de oro viejo, profundo y mate. El color del oro resalta sobre el verde pálido de los helechos. Y nada más. Es tan sencillo, tan sobrio, y al par tan sugestivo y agradable, que dan ganas de invitar a la graciosa «girl» que a nuestro lado contempla el cuadro, para ocupar junto a ella un puesto de la mesa...

XXVIII

EL POETA MARKHAM

Nueva York, noviembre 9, 1920.

EL poeta Edwin Markham,—a quien tuve el placer de conocer hace cuatro años, en una sesión de la Poetry Society—ha ofrecido hoy una lectura comentada de sus principales poesías en el salón de conferencias del Museo de Historia Natural. Esta lectura forma parte de la serie de conferencias que, sobre diversos tópicos, ha organizado la Junta de Educación de Nueva York para propender al desarrollo de la pública cultura.

Markham frisa ya en los setenta años. Es el poeta representativo de una generación que ya hoy declina, pero su personalidad es altamente simpática al elemento joven y revolucionario que se ha lanzado por los senderos del metro libristo. El estro de Markham es sonoro y a veces vigoroso. Su poema «Lincoln» es considerado como un grito nacional.

No siempre es la poesía civil el campo favorecido por la inspiración de Markham: es también un exquisito cantor del amor y de la naturaleza, si bien en cada estrofa pone un sello de filosofía dulce y resignada. Canta a la montaña, compone baladas que según el mismo hizo notar, tienen un eco lejano de Francois Villon y de Ronsard, y dice bellas cosas en ritmo alado y elegante.

Markham amenizó su lectura con explicaciones y comentarios relativos al estado mental en que se escribió cada una de ellas, y, con sano humorismo, deslizó algunas ocurrencias en su plática. Para el público americano, la oratoria es campo feraz para el chiste fácil. Al comentar una poesía

PUBLICADOS
POR J. GARCIA MONGE

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.
APARTADO DE CORREOS 533

Ediciones Sarmiento

A 20 ctvs. oro am. cada tomito

- 1.—Juan Maragall: *Elogio de la palabra*.
- 1.—Clarín: *Cuentos*.
- 3 y 4.—José Martí: *Versos*.
- 5.—José Enrique Rodó: *Lecturas*.
- 6.—Enrique José Varona: *Lecturas*.
- 7.—Herodoto: *Narraciones*.
- 8.—Almafuerte: *El Misionero*.
- 9.—Ernesto Renán: *Emma Kosilis*.
- 10.—Jacinto Benavente: *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*.
- 11.—Silverio Lanza: *Cuentos*.
- 12.—Carlos Guido y Spano: *Poesías*.
- 13.—Andrés Gide: *Oscar Wilde*.
- 14.—R. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo*.
- 15 y 16.—Rubén Darío en Costa Rica.
- 17 y 18.—Rubén Darío en Costa Rica (2ª parte).

El Convivio

A 20 ctvs. oro am.

- Roberto Brenes Mesén: *Voces del Angelus* (Versos).
- Roberto Brenes Mesén: *Pastorales y Jacintos* (Versos).
- Manuel Díaz-Rodríguez: *Cuatro Sermones Literarios*.
- Pedro Henríquez Ureña: *Antología de la Verificación Rítmica*.
- Alberto Gerchunoff: *Nuestro Señor Don Quijote*.
- Julio Herrera y Reissig: *Ciles Alucinada y otras poesías*.
- Giacomo Leopardi: *Parini o De la Gloria* (Tratado).
- Leopoldo Lugones: *Rubén Darío* (Perfil).
- Federico de Onís: *Disciplina y Rebelión* (Conferencia).
- Eugenio D'Ors: *Aprendizaje y Heroísmo* (Conferencia).
- Eugenio D'Ors: *De la amistad y del diálogo*.
- Santiago Pérez: *Artículos y Discursos*.
- Ernesto Renán: *Páginas escogidas I*.
- Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac* (Ensayo).
- José Enrique Rodó: *Cuentos Filosóficos*.
- Marqués de Santillana: *Serranillas y Cantares*.
- Rabindranath Tagore: *Ejemplos*.
- Julio Torri: *Ensayos y Fantasías*.
- Juan Valera: *Parsondes y otros cuentos*.
- Enrique José Varona: *Emerson* (Perfil).
- » » » *Con el eslabón* (Pensamientos).
- Enrique José Varona: *Con el eslabón* (Segunda parte).
- José Vasconcelos: *Artículos*.
- Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones y otros artículos*.
- Antonio de Villegas: *El Abencerraje* (Novelita).
- A 30 ctvs. oro am.
- José María Chacón y Calvo: *Hermanito menor*.
- Enrique Díez-Canedo: *Sala de retratos*.
- José Moreno Villa: *Florilegio*.
- Kahlil Gibran: *El Loco*.
- Rafael A. Ureta: *Florilegio*.
- A 40 ctvs. oro am.
- Longfellow: *Evangelina*.
- Fray Luis de León: *Poesías originales*.

Ediciones de autores
centroamericanos

A 20, 30 y 40 ctvs. oro am. cada tomo

COSTA RICA

- R. Fernández Guardia: *La Miniatura*.
- J. García Monge: *La Mala Sombra y otros sucesos*.
- Octavio Jiménez: *Las coccinelas del rosal*.
- Carmen Lira: *Los cuentos de mi tía Panchita*.
- Rómulo Tovar: *De variado sentir*.
- » » *En el taller del platero*.
- » » *De Atenas y de la Filosofía*.

HONDURAS

- Rafael Heliodoro Valle: *El rosal del ermitaño*.

NICARAGUA:

- José Olivares: *Poesías*.

EL SALVADOR:

- Alberto Masferrer: *Pensamientos y Formas*.
- Notas de Viaje*.

suya sobre la paz de las colinas, Markham explicó que la había compuesto en una temporada de campo, en que acostumbraba pasear montado en un pequeño asno que tenía la virtud del silencio. «Y el silencio, dijo, es el mejor sustituto de la sabiduría».

Fué muy celebrada una composición en que hace figurar a Fidias esculpiendo una estatua cuyo modelo era Frinea. Esa estatua, en que la más divina de las mujeres iba a representar a una diosa, debía ser colocada sobre la cúpula de un templo. Fidias ponía todo su arte en tallar, de manera insuperable, los cabellos de la diosa. Al ver esos cabellos maravillosamente esculpidos, alguien dijo a Fidias: «¿Por qué poner tal empeño en tallar esos cabellos, si los hombres no podemos contemplarlos, puesto que esa estatua ha de ser colocada sobre la cúpula del templo?» «¡Ah! exclamó Fidias. ¡Los hombres no, pero los dioses sí!»

Una voz, surgida del público, pidió a Markham que recitara su célebre composición «El hombre del arado». Esta composición, de protesta contra el orden social, no tiene la misma filosofía resignada de otras composiciones de Markham. Es inspirada en un cuadro de Millet sobre el mismo asunto. Markham la recitó con énfasis y sentimiento. Se rebela al ver al hombre convertido en bestia, manejando el arado para recibir una mísera soldada y su verbo apocalíptico estalla contra la infelicidad humana. Y, al terminar, el público en masa quiso acercarse al poeta para estrechar su mano fraterna.

XXXI

OYENDO A TAGORE

Nueva York, noviembre 11, 1920.

MR. Hagop Kevorkian ha ofrecido, en la tarde de hoy, un «Tehay Burfée Sherbet» (five o'clock tea, diremos, traduciéndolo del hindú al inglés), en su residencia (40 West, 57 Street), para dar una muestra de cordial admiración al célebre poeta indio Rabindranath Tagore, a quien el otorgamiento del premio Nobel ha puesto, desde hace pocos años, en el pináculo de la curiosidad mundial.

El salón de Mr. Kevorkian resultaba demasiado reducido para sus invitados, entre los cuales tuve el gusto de encontrarme. La concurrencia se aglomeraba, los asientos eran insuficientes, y la mayoría optó por ponerse de pie y formar una muralla humana frente al insigne poeta, a quien se hacía difícil ver y oír. Una culta dama americana le dirigió un efusivo saludo, en frases emotivas. Hubo otros discursos que apenas pudieron ser oídos. Y habló también el poeta.

Su voz es suave, insinuante, poco viril. Es una voz seráfica, que parece elevarse por encima de las mezquindades terrenales. Tagore habla en el mismo tono en que están escritos sus versos, que son versos de ensueño, de recóndita filosofía, de ingenua y mística ternura. Su aspecto hacía más imponente la significación esotérica de sus palabras: vestido de rabino, a la usanza de su tierra, la barba luega y blanca, el poeta conservaba aire exótico y majestuoso, que hace más interesante su figura.

Nos sirvieron después un té hecho sin té: infusión de pétalos de rosa, con aroma de cosas de la India. El ambiente estaba perfumado por pebetes de mirra. El decorado severo y oriental, la estatuilla de Budha que presidía el acto, la presencia de sirvientes en típico traje hindú, todo lo que allí había, en fin, nos hacía olvidar, por momentos, que estábamos en Nueva York. Creíamos estar en la lejana tierra del poeta.

Al final, toda la concurrencia quiso estrechar la mano de Tagore. Yo le dije que en Cuba se leían mucho sus obras, y sonrió complacido...

XXXI

Nueva York, noviembre 12, 1920.

POR iniciativa del Institute of Art and Sciences, con la cooperación del Institute of Internacional Education, pronunció anoche una conferencia en la Universidad de Columbia el distinguido profesor peruano Víctor Andrés Belaúnde, catedrático de la Universidad de San Marcos, de Lima.

La conferencia del doctor Belaúnde versó sobre el siguiente tema: «Hispano-América: su cultura y sus ideales». El conferencista se expresó en inglés, lengua que domina correctamente, y pudo ser entendido por la numerosa concurrencia que allí se había dado cita, y que en gran parte era americana.

El doctor Belaúnde examinó los factores sociológicos, económicos e históricos que han influido en la civilización de la América Latina, poniéndolos en contraste con los que sirven de base a la evolución histórica e intelectual de los Estados Unidos. Hizo resaltar los tres aspectos primordiales de nuestra cultura: el aspecto humanístico, que tiene representantes tan altos como Bello, Cuervo, Caro, Montalvo; el aspecto realista, que tuvo su centro en Argentina, con la concepción política de Alberdi y los estudios sociales de Sarmiento; y el aspecto de

renacimiento de la cultura poética y literaria, que alcanza tan alto relieve con Rubén Darío, Lugones, Chocano, Casal, Gutiérrez Nájera y otros.

Señaló, con acierto y habilidad, los prejuicios que existen en los Estados Unidos contra los países hispanoamericanos, y los que en nuestra América existen contra los Estados Unidos. «Los Estados Unidos deben aprender a estudiar nuestra cultura y nuestras tradiciones, que ellos deben respetar; pero nosotros también debemos entender que los Estados Unidos no son meramente un país comercial, cuyo único afán es hacer dinero».

Examinó, uno por uno, el estado actual de los países hispanoamericanos. Encomió la prosperidad económica de Cuba, y declaró que de los cubanos dependía, principalmente, que la doctrina de Monroe fuera una mera expresión teórica y no un hecho práctico. Habló de la República Dominicana para formular un voto porque cese cuanto antes la situación anómala que allí existe, de modo que esa nación pueda desenvolverse normalmente y ocupar su puesto en la civilización. Y concluyó afirmando la perfecta unidad del espíritu hispanoamericano, entre las obras de Enrique José Varona, el eminente cubano, dijo—y las de José Enrique Rodó, que es uruguayo, o las del peruano García Calderón, el colombiano Carlos Arturo Torres y el argentino Ricardo Rojas, se advierte una unidad de pensamiento que indica que la América Latina es nuestra patria grande.

Al felicitar al doctor Belaúnde por su conferencia, pude enterarme de que en breve ofrecerá otra, sobre tema muy original e interesante: un estudio histórico-comparativo sobre los puntos de contacto entre el «bolshévismo» ruso y el comunismo de los incas.

XXXII

Nueva York, noviembre 13, 1920.

FEDERICO de Onís, el ilustre catedrático de Literatura Española en la Universidad de Columbia, me expuso hoy, en charla de sobremesa, el gran proyecto que ha concebido y que, con el

auxilio y el patrocinio de algunos hispanistas norteamericanos, ha empezado ya a cristalizar como realidad tangible.

Ese proyecto no es otro que el de la fundación de la «Casa de las Españas», entendiéndose que este plural abarca a todos los países de origen hispano o ibérico, incluyendo al Brasil y a Portugal. Tanto España como Portugal y todas las repúblicas latino-americanas tendrán su representación propia en esa institución floreciente, que en el mismo día de hoy, en que se ha abierto la inscripción, cuenta ya con miles de asociados, muchos de ellos hijos de los Estados Unidos.

La «Casa de las Españas» es una institución exclusivamente cultural, de cultura hispánica. Servirá de nexo y de vínculo a la cultura de todos los países hispánicos entre sí, facilitando su acercamiento y su contacto. En ningún otro país podría tener más fundamento esa institución: se trata de un país que no es de habla española, pero que sirve de centro de comunicación para muchos países hispánicos y cuenta con una gran influencia, de inmigración a veces y de tránsito casi siempre, de hispanoamericanos. Nueva York es una inmensa ciudad cosmopolita que está en conexión directa con

todos los países de habla española.

La «Casa de las Españas» tendrá en breve un elegante edificio propio, biblioteca exclusiva de asuntos hispánicos y de obras en castellano que traten de los Estados Unidos, salas de actos o de conferencias, oficinas de información respecto a los centros de educación de este país que pueden aprovechar los estudiantes latinos y de las universidades y colegios hispanoamericanos que puedan aprovechar los estudiantes norteamericanos. Cada año, la institución hará venir, por su cuenta, un ilustre profesor o conferencista hispanoamericano, para que ofrezca cursos sobre asuntos hispánicos en distintas Universidades y en la propia casa: un año podrá venir García Calderón, otro año Ricardo Rojas, o Menéndez Pidal. Y de esta suerte, los Estados Unidos aprenderán a conocer de veras nuestra cultura, y los pueblos hispanoamericanos se acercarán más y más unos a otros.

El día 30 de noviembre se inaugura la «Casa de las Españas» con una conferencia del profesor peruano Víctor Belaúnde sobre la verdadera significación del hispanismo y su alcance ideal.

MAX. HENRÍQUEZ UREÑA

(El Sol.—Santiago de Cuba).

Quien sabe, no perdona

EL hombre se acercó a la ortiga. Alzó la mano, para tocarla; y hubo un ¡ay! en su boca y un rubí en su dedo.

Dió con la espina; y la espina lo hirió.

El hombre se enjugó la sangre; y, mirando a la ortiga, le dijo:—¡Te perdono!

Y yo admiré y bendije en mí¹ aquel hombre que tenía el dulce don de perdonar.

Y aconteció que vino otro hombre; y se paró junto a la ortiga.

Y alzó también la mano para tocarla. Y la espina lo hirió.

Mas el hombre sólo se enjugó la

herida. Quedóse viendo con amor la espina.

Y no le dijo:—¡Te perdono!

Yo pensé:

—Aquel hombre era un santo. Sabía perdonar. Este no sabe.

Mas mi Señor me interrumpió:

—Quien no sabe eres tú.

—¡Cómo, señor!... ¿Aquél?...

Es un Santo, porque, cuando le fué preciso, ¡perdonó!

—¿Y éste?...

—Más Santo aún, porque no le es preciso perdonar.

Y, como yo quedárame perplejo, con vaguedad incomprensiva [en los ojos, El explicó:

—La espina hiere, porque es espina. Aunque quisiera, no perfumaría.

LA LIBRERIA ESPAÑOLA DE MARIA v. DE LINES

APARTADO DE CORREOS N° 314

San José y Cartago

TELÉFONO 38-TELÉGRAFO «LINES»

Acaba de recibir: Blocks para cartas, Sobres, Tintas Stafford, Davis y Carter, Pasta blanca en tarritos, Goma

Por cada correo se reciben las novedades literarias españolas y extranjeras

Ultima novela de Hugo Wast: Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre. Léala Ud.

Aquél sintió el dolor de la punzada; y, como no sabía, juzgó culpable a la ortiga, y de ella se ofendió; mas, como era de limpio corazón, perdonó. Éste sintió el dolor; pero, como sabía que toda espina punza, porque eso es ser espina, no nació ofensa alguna. Y, como nada tenía que perdonar, no perdonó.

*

Si juzgas, absolverás

AQUEL buen Juez era implacable. Con sus gafas ahumadas sobre la punta de la nariz, alzaba la cabeza sobre el pecador que tenía por delante, tembloroso de miedo, con la cadena al pie.

El Código, sobre el pupitre, abríase en cruz, como un suplicio.

Para cada delito, una pena: la horca, el palo, el calabozo, el estigma.

*

El buen juez implacable oyó que alguien lo llamaba una vez.

Oyó que lo llamaban; pero no vió de pronto quién.

Sorprendido, buscó.

Y al fin notó que de sí mismo iba saliendo otro él, (otro buen juez, sin

Desde entonces sufro menos cuando cardos me hieren. Duéleme la herida. Pero, como sabe mi alma, no hay ofensa; y, como no hay ofensa, no hay perdón. Y en cambio, fluye amor piadoso para la pobre espina, que aún no ha llegado a flor.

Y el dolor se me trasmuta en dulzura.

Porque ya aprendí a no perdonar.

gafas, sin toga, sin Código), que le llamaba.

—¿Qué me quieres?

—Saber de tu oficio. Habla.

—Juzgo, y castigo.

—Cuenta.

—Este (y señalaba un legajo de grasos folios amarillos) asesinó. Fué quemado.

—No viste bien en él. Estaba loco. Has matado a un insano.

—Este otro...

—Tenía una conciencia de niño, en un cerebro de bestia. Cayó un ciego, y le mataste por ciego.

Y éste... y aquél...

—La embriaguez lo empujó... La pasión desbocó sus instintos... El hambre... La herencia... El miedo... El

pensamiento ajeno, que le cogió la mano... La voluntad de otro, que le echó entre las brasas...

—¿Entonces?...

—No has sido juez. Has herido, como ellos: por ignorancia, por miedo, por venganza, por flaqueza de espíritu: por niño.

—No fuí yo, sino el Código.

—¡Tú! Tú, que has buscado en el Código el fundamento de la pena, en vez de buscar en el ser del penitente la causa del delito. Si hubieras hecho eso, no habrías duplicado en el cuerpo de Juan el homicidio que éste perpetró en el de Pedro. Has sido uno de tantos. Un criminal con toga, nada más. Como a ellos, te faltó conocer.

Y prosiguió:

—Juzgar, no es aplicar la pena. No es tender una línea entre la culpa y el Código. Juzgar es comprender la causa, para ascender por ella al beso compasivo.

«Quien juzga, absuelve».

«Quien lee en el Código, quema al criminal. Pero quien lee en el criminal, quema al Código».

SANTIAGO ARGÜELLO

(De la revista *Australia*).

TEXTOS CHILENOS EN VENTA

<i>Higiene de la piel</i> , Por E. Bodin...	3.00
<i>Lecciones de Química Experimental</i> ...	5.00
<i>Botánica</i> , (I Año).....	2.50
<i>Botánica</i> , (II Año).....	2.50
<i>Botánica</i> , (III Año).....	2.50
<i>Zoología</i> , (I Año).....	2.50
<i>Zoología</i> , (II Año).....	2.50
<i>Los verbos franceses</i>	2.00
<i>Elementos de dibujo lineal</i>	5.00
<i>Libro de canto</i>	7.00

En la Administración del REPERTORIO.

LA GRAN VÍA

Abarrotes finos - Especialidades culinarias
Utensilios de uso doméstico - Vinos y licores.

El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida.

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES, CÉFIROS Y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la

Compañía Industrial, EL LABERINTO

y por su INMEJORABLE CALIDAD, PERFECCIÓN y SOLIDEZ, se vende todo a medida que sale de los talleres de la Compañía.

El público puede encontrar esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSE.—José M^a Calvo y Cía. «La Gloria».—Ismael Vargas, (Mercado).—Sérvulo Zamora, (Mercado).—Manuel Vargas C., (Mercado).—Jaime Vargas C., (Mercado).—Tobías Solera y Cía., (Mercado).—Antonio Alán y Cía.—Colegio de A. Vargas, (Mercado).—Enrique Vargas C., (Mercado).—E. Sión.—Colegio de Señoritas.—Etc., etc, Guevara y Cía. «La Buena Sombra» y «La Perla».—Domingo

La COMPAÑÍA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos su productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105

Teléfono No. 254

SAN JOSE DE COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.